



Discurs de D. VÍCTOR BALAGUER, President del Jurat, en la festa del III Certamen Literari del "Centre de Lectura". Any 1894.

Debido a mis canas, que no ciertamente a mis méritos, vine a ocupar esta honrosa sede y a presidir este noble Jurado, compuesto de tan ilustres y dignos compañeros. Sólo esta circunstancia pudo ofrecerme la ocasión y la honra de dirigir hoy mi palabra a la selecta sociedad que llena este local y que viene a favorecernos con su asistencia, a premiar con sus aplausos la victoria de los que sobresalen en estas lides del talento y del ingenio, y a conmemorar este día, que será para siempre célebre en lo venidero y en los anales de Reus, por ser aquel en que esta ciudad insigne levanta un monumento al caudillo de nuestras libertades, al general Prim, a quién pudiera llamarse el *Africano* como el caudillo de Roma, destinado por la grandeza de sus hechos a vivir en la historia, que es la patria de los muertos ilustres, y en la leyenda, que es la epopeya de los hombres extraordinarios.

Cada vez que, abandonando el vórtice de la corte y la fiebre de la política, vengo a respirar los aires de mi tierra natal, se ensancha mi corazón, mis pulmones se dilatan y la mente se encumbra con esos ambientes oxigenados de libertad y ante esos espacios de refulgentes de nuestra esplendorosa Cataluña, noble y sagrada tierra española en que Dios me concedió la gloria de nacer y donde espero que me otorgue el consuelo de morir.

Aquí, ya otra vez lo dije en ocasión solemne y ante literario concurso congregado a orillas del Lérez; aquí, en esta nuestra Cataluña, es donde existen aquellos hombres de honor y aquellas tierras de libertad que de seguro conservarán siempre la respetabilidad de su conciencia los unos y las otras la integridad de su gloria, mientras permanezcan en pié un solo resto y solo un vestigio de aquellos antiguos monumentos cuyo destino es el de hablar con la fonográfica voz del pasado a las presentes y futuras generaciones.

Todavía aquí. Adelantando de las tierras catalanas y frontero al Pirineo, alza su ennegrecida frente al castillo de Monzón, vigilando la villa que por espacio de siglos fué cátedra, y también catedral, de usanzas y libertades parlamentarias; desde cuyos muros se descolgaban un día, favorecidos por la noche y la fortuna, dos ilustres y gallardos mancebos, uno, el conde Berenguer, para ir a Provenza que le debió su libertad y su grandeza, otro, D. Jaime, llamado más tarde el *Conquistador*, para ir a sentarse en el trono de la Corona de Aragón, que con él y por él dió comienzo a la epopeya pasmosa de sus empresas y conquistas.

Aquí florecen, ricas en luz y en vidas, doradas por el sol y favorecidas con el beso de las *marinadas* del Mediterráneo: las históricas comarcas que, obedeciendo

a leyes de razas y de lengua, se extiende desde los Pirineos, donde es eterna la nieve, hasta los jardines de Valencia, constantemente embalsamados por el azahar, y hasta los africanos palmares de Elche y de Murcia. Aquí discurren por entre campos de flores y misteriosas umbrías, ya regando amorosamente valles amenos encerrados entre montes célebres, ya despeñándose en sonantes cascadas, ríos caudalosos de nombre latino, alguno de los cuales, como el Segre, tiene el triste privilegio de nacer en tierras donde aún existen las casas solariegas y las tumbas de nuestros padres, tierras que, gracias a convenios poco meditados son hoy extranjeras para los hijos de aquellos que con su esfuerzo las conquistaron y con su valor y sangre las mantuvieron. Aquí, finalmente, se levantan villas y ciudades, cada una con la historia de un reino, grandes por sus fastos consulares, por sus gestas heroicas, por sus libertades municipales, por sus varones de raza independiente y sus Concejos de recititud inflexible y de romanas virtudes.

Aquí Lérida, sede de la primera Universidad del reino, la que después de haber dado sus hijos para arrancar a Valencia de manos de los árabes, dió sus hijas para repoblarla y hacerla cristiana. Aquí Manresa, la Covadonga catalana, cuna de los *hombres de paratje*, que son los hidalgos de Castilla. Aquí el historial Montserrat, con sus almenadas crestas y sus peñas caprichosas, algunas de las cuales, por singular acaso, tiene la misma forma que la *barretina* catalana. Aquí Gerona, en cuyas murallas, hoy convertidas en monumento nacional, se distinguen aún las manchas de sangre con que los catalanes sellaron su amor a la unidad de España. Aquí Barcelona, a quién un príncipe de la sangre, llamado Pedro *El Epico*, apellidaba «señora de la mar y de los reyes», y un príncipe de las letras, a quién es inútil nombrar por que la creación de su *Ingenioso Hidalgo* hizo inmortal en todas las naciones y en todas las lenguas, llamaba «archivo de la

cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia de las finas amistades.» Aquí también, dejando aún lado a Sabadell, y Tarrasa, y Villanueva y Mataró, que dan a la industria moderna ejércitos de obreros, la latina Vich, siguiendo la costa, después del ríscoso Garraf, en cuyas entrañas nace el mármol, y más acá de la blanca Sitges, cuyas vides dan mieles en lugar de vino, la monumental Tarragona, la de murallas megalíticas, la que dió su nombre a la mitad de España, y que sólo en objetos romanos extraídos de su propio seno, tiene un museo tan superior como pueda tenerlo un reino con objetos recogidos en todo el universo latino. Y aquí, por fin y por último, la memorable Reus, la que es timbre de honor y de gloria en nuestros Anales, aquella que mereció ser llamada un día *la imperial*, por su amor a la causa del archiduque de Austria, representante de las libertades catalanas, y otro día *la esforzada*, por su valor y firmeza en defender la libertad de España: la que tanto brilló en las artes industriales, llegando solo con ello a conquistar un hombre: la que es cuna de Próspero Bofarull, el vengador de nuestros condes reyes; de Pedro Mata, el poeta, el sabio y el filósofo; de Mariano Fortuny, el pintor orientalista; de Juan Prim, el caudillo legendario: la que vive en medio de un campo de flores, contigua a Salou de donde partió la flota de D. Jaime para la conquista de Mallorca; inmediata a las ruinas del castillo en que vió primera luz Bernardo Calbó, el guerrero y el santo; frontera a la sierra de Prades, que fueron el postrer baluarte de los árabes; rival de Tarragona, que quiso ser en España la primada; teniendo en su comarca esos dos monumentales palacios del arte, de la leyenda y de la historia que se llaman Poble y Santas Creus, erigidos para tumba de héroes y de reyes; y reposando, tranquila y soñolienta, en el seno y a las plantas de su maravillosa vírgen de la Miseri-

cordia, en torno de cuyo cenóbio cantan día y noche los ruiseñores, y a cuyos umbrales llegan, también para elevar sus cantos, trovadores y poetas venidos de todos los ámbitos del reino.

Estas son las comarcas que, con Valencia, harem de seductores mujeres, con Mallorca, canastillo de flores que surge de entre las olas del mar, envían cada año, con las primeras sonrisas de la primavera sus gentiles y gallardos trovadores a esos Juegos florales de Barcelona que con sus tres ramas y su trilogiada divisa de *pátria, fides, amor*, parecen responder a un sentimiento común, producto de maravillosa conjunción y providencial sincretismo, pues que unen y agrupan los tres antiguos reinos con las tres palabras de su simbólico mote: *la pátria*, representada por la ingente Cataluña; *la fe*, por Mallorca la cristiana, y *el amor*, por la sensual y amantísima Valencia.

Hoy viene la ciudad de Reus a dar nuevos esplendores a estas comarcas y a sus lides del saber y del ingenio con este certamen, al que se presentan fraternalmente unidas, como es y así debe ser las lenguas castellana y catalana: el castellano, que es la lengua de la unidad y de la pátria común; la única que se lee como se escribe y se escribe como se habla; la lengua de la prosa escultural como su majestad, su pompa, su orientalismo, su magnificencia y su belleza, que la proclaman sin rival en el mundo: y la catalana, que es la lengua de nuestro hogar, la de nuestra familia, la de nuestros padres; que tiene su historia, su literatura y sus clásicos; que es de abolengo tan español y tan castizo como pueda ser el de la castellana; que, singularmente para el verso, que tiene condiciones superiores a las que poseen, con ser muchas, sus hermanas la de Castilla y la de Lacio, y que ha sido apellidada por Víctor Hugo «vivo y luminoso idioma», pero que, aún antes que Víctor Hugo, había ya llamado Cervantes «graciosa lengua con quién sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable.»

Deparóme Dios el placer de asistir a este Certamen. Del fondo de mi corazón, señores, os doy gracias por haber honrado mis canas eligiéndome presidente de esta fiesta, a que con alma y vida asisto. Dios bendiga a los nobles hijos de nuestro país, que con tan singular constancia ofrecen un regocijo más a las letras españolas. Dios bendiga a los que aquí vienen a oír las lecturas de las obras premiadas para aplaudir y animar a sus autores, invitándoles así a seguir en sus levantados empeños. A todos rindo el modesto tributo de mi admiración y de mi cariño, y cuando Dios bondadoso, a quién invoco, llame al viejo poeta a gozar de una vida más duradera, moriré con el consuelo de haber visto nacer, y crecer, y desarrollarse, y fructificar la regenerante semilla que, con otros compañeros, allá sembré en mis años juveniles, y que es hoy árbol frondoso que en nuestra tierra bendita a todos nos cobija y a todos nos ampara.

Aquí pudiera terminar, y nada más que añadir tendría, sinó me creyera obligado a cumplir un deber ineludible.

No puedo concluir sin pedirlos a todos, a todos, un recuerdo en honor del general Prim y un tributo a su nombre y a su memoria ya que en recuerdo suyo y en su honor y memoria se convocó y se ha realizado este certamen.

Y os pido este tributo a todos; a todos los que noblemente fuisteis sus amigos, a todos los que, no menos noblemente pudisteis ser sus enemigos o adversarios.

Fuí yo uno de sus amigos más adictos, uno de sus partidarios más fieles y constantes. Le tuve amor en vida, y, hoy, respeto y veneración en muerte. Pero ya en este último sentimiento nos encontramos unidos con los que fueron sus adversarios los que fuimos sus amigos.

La honrada memoria del general Prim pertenece a la pátria, y, por consiguiente, nos pertenece a todos, y juntos vamos a descubrirnos ante su estatua y juntos a visitar su tumba.

Siempre se reconocerá en él al caudillo, al valiente, al bravo entre los bravos, que iba al combate como a una fiesta, con la sonrisa en los labios y las galas en el corazón y en el traje, pues que para él era un día de boda un día de batalla: siempre en él se hallará, junto al general y al guerrero, al político y al hombre sereno y hábil en las luchas del Parlamento, donde hay a veces contiendas más terribles que las del campo de batalla y en las cuales es preciso vencer con más prontitud, resolución y energía, y aún a veces con más valor; que es frecuente en aquellos combates jugarse la honra, más estimada ciertamente que la vida: siempre se verá al hombre de la revolución de Septiembre, que en momentos supremos y difíciles supo abrir grandes horizontes y trazar nuevos derroteros a la patria: siempre se recordará al que peleó como un bravo en la campaña de Africa, siendo el primero en avanzar y saltar con su caballo las trincheras enemigas, y al que no quiso pelear en Méjico, ordenando la retirada, en lo cual manifestó más valor y más firmeza que los que necesitar pudiera para el avance; que más valor que para acometer necesitaba Prim para retirarse.

¿Pues qué? ¿no es él por ventura el hombre de Castillejos? Cuando las balas caían a granel en torno suyo y cuando le instaban a retirarse por temor de que pudiera ser herido y se perdiese la batalla al sucumbir el general, contesta tranquilamente:—No, hay cuidado. Siempre las balas traen sobre y ninguna viene con sobre para mí.

Y, sin embargo, ¡ay! en Madrid y en su calle del Turco todas las balas llevaron sobre para él.

Miserables asesinos, en cobarde emboscada y al revolver de una esquina, acabaron con el hombre ilustre a quién las balas habían respetado en el combate, a quién la Providencia reservaba para el porvenir de España, en quién la patria esperaba con segura confianza, y cuya desastrosa muerte varió quizá por completo los destinos de la nación española.

Pero olvidemos esta tristísima página de nuestra historia contemporánea, y como no sea para llorarla con sangre, no con llanto, y para tener en cuenta de que puede servir en lo venidero de lección y de recordanza.

Hoy es día de júbilo y de gala. Arden en fiesta las calles de la ciudad, y arden en gozo las almas.

La patria que coronó a Prim en Madrid con los honores del Panteón, le corona hoy en Reus con los honores del monumento. Grande enseñanza también para que todos aprendan a saber que quién en vida honra a su patria, honrado es por ella en muerte dándole la vida eterna de la inmortalidad y de la gloria.

Quién tanto tuvo de soldado como de capitán, de guerrero como de político, de orador como de diplomático, de tribuno como de hombre de Estado, sobresaliendo en todo es hoy encumbrado por su patria a las palmas de Capitolio; y allá le vemos, allá, vagar por los espacios, imagen querida y figura esplendente, que se ofrece a nuestros ojos luminosa y fulgurante, como así aparecerá en las páginas de la historia, en un nimbo de luz, con arreboles de gloria, y con las sienes ceñidas por el laurel de España.

HE DICHO

